

RELATO NÚMERO 1

"Si yo llego a estar allí..."

Once y media de la noche. Santi no podía conciliar el sueño. A sus veintiún años todavía tenía cierto respeto a la oscuridad. Aunque era viernes noche no había salido con sus amigos, pero no le importaba, tenía otras cosas en la cabeza. Pasaba de botellones, marchas, drogas y demás vicios de juventud. Como su madre no se cansaba de decir, era una "joyita" de niño. Su marido había fallecido tres años antes y Santi se había convertido en el hombre de la casa.

Daba vueltas a un lado y a otro de la cama intentando coger la postura que le llevara a los brazos de Morfeo. En esos instantes solía ponerse a pensar en varias cosas, los planes de futuro con Yaiza, su "piba", el coche que estaba a punto de comprar para estrenar su recién sacado carnét de conducir...

Esa noche también quiso recordar. Recordó cuando era niño y su padre le llevaba religiosamente cada quince días al Estadio Insular a ver jugar a la Unión Deportiva Las Palmas. Recordaba perfectamente esa peregrinación que comenzaba desde las cinco de la tarde de los sábados y siempre con el mismo recorrido. Salían de su casa en la Isleta para ir recorriendo el camino al Estadio. Hacían dos paradas obligatorias en los dos mismos bares de siempre donde su padre Antonio calentaba la garganta para llegar con una asombrosa puntualidad a los comienzos de los partidos a las ocho y media.

Tenía también recuerdos de los cinco sentidos. De la vista recordaba el color amarillo de las camisetas de los jugadores, el verde del césped y las caras de alegría de la gente cuando la Unión Deportiva marcaba un gol. Del olfato recordaba los olores que se mezclaban dentro del Estadio, olores a césped, a puro, a calamar... Del gusto recordaba el sabor a los bocadillos de tortilla que su madre les preparaba desde el mediodía del sábado y del que al acabar el descanso del partido sólo quedaban las migas. Del tacto recordaba, los empujones para entrar los días de partidos importantes y los abrazos de su padre cuando algún jugador amarillo conseguía un gol. Y del oído recordaba el sonido armonioso de un personaje llamado Fernando el Trompeta, el escándalo que se formaba en el estadio cuando el equipo conseguía un gol y sobre todo una frase que su padre no paraba de repetir durante la disputa de los partidos... Si yo llego a estar ahí...

Cada vez que un jugador fallaba un pase, un gol o algo que pasara, ya estaba su padre diciendo "Si yo llego a estar ahí la hubiera pasado atrás", "Si yo llego a estar ahí se la hubiera echado al portero por encima", "Si yo llego a estar ahí le hubiera pegado un puntuo" y así casi mil frases de las que Santi oía, callaba y analizaba para acabar siempre dándole la razón a esos comentarios de su padre.

El sonido de un teléfono le despierta, son las siete y media de la mañana del sábado. Desde la recepción del hotel le llaman para que baje a desayunar. En el comedor le esperan sus compañeros de equipo. Dentro de dos horas tienen un pequeño entrenamiento y por la noche se juegan ascender a Primera División. Santi juega en la Unión Deportiva Las Palmas . Esta noche Santi va a estar ahí, donde siempre quiso estar su padre, en el campo, defendiendo la camiseta amarilla . En cada jugada pondrá sus piernas y los "si yo llego a estar ahí..." de tantos años de fútbol con su padre Antonio. Hoy los dos iban a estar en el campo, Las Palmas jugaría con doce y sólo él lo sabía.

RELATO NÚMERO 2

"Hasta el final de mis días..."

Llevo varios días pensando en cómo estructurar un relato que esté a la altura de las circunstancias, y tras meditar conmigo mismo, he decidido que voy a plasmar mis sentimientos en un papel, hacia un equipo que me ha dado alegrías y tristezas. Un equipo que me ha hecho sonreír y en determinados momentos llorar, pero no siempre lágrimas de amargura sino también lágrimas de emoción.

Hace algunos años, tuve la oportunidad de vivir una experiencia que en mi vida olvidaré. Fue ese ascenso a Primera en un Estadio Insular abarrotado, un Estadio que aunque hoy en día no esté en buenas condiciones, es sin duda alguna, un símbolo de triunfos de la familia amarilla, un símbolo que por mucho que quieran borrar de nuestras mentes, siempre permanecerá intacto en los corazones de las miles de personas que allí nos dábamos cita semana tras semana para ver a nuestro equipo jugar a fútbol.

Gritos, alegrías, júbilo, emociones y sentimientos que se mezclaban cuando sonaba el himno de nuestra Unión Deportiva Las Palmas, nuestro equipo señero sin par, como bien dice su letra y cuando veíamos a nuestros jugadores desprender calidad de sus botas para el deleite de nuestros ojos.

Desafortunadamente, no todos los tiempos fueron tan buenos, nos vimos sumidos en deudas, y año tras año sufríamos por los posibles rumores de desaparición. Descensos y malas noticias eran la orden del día, tanto para los aficionados de la Unión Deportiva como para los ciudadanos de la isla de Gran Canaria, que aunque no se declaren seguidores de nuestro querido Club, un pedacito de su corazón es amarillo. Vinieron tiempos de crisis, pero el jugador número doce del equipo amarillo siempre estuvo presente: la Afición, que en mayor o menor medida, siempre estuvo al lado de la UD Las Palmas.

Poco a poco las cosas fueron volviendo a la normalidad, militábamos en la división de bronce del fútbol español y las cosas empezaban a ir bien. Aún recuerdo como si fuera ayer el golazo de Nauzet Alemán ante la Real Sociedad, que nos permitía seguir soñando con la vuelta a Segunda División, un sueño que cada vez estaba más cerca. Lágrimas y más lágrimas salían de mis ojos mientras gritaba como loco ese gol, ese gol significaba un ascenso que cada vez estaba más cerca. Y llegó el tan ansiado día. Más de treinta y una mil personas llenaron las gradas del Estadio de Gran Canaria en el partido que enfrentaba a la Unión Deportiva con el Linares. Comienza la segunda parte, ; Nauzet Alemán la pone en el área, puede llegar Marcos Márquez y GOOOOOOOL !.

Llegó el momento. Se cumplió el sueño. Un equipo que por aquellos momentos era de Segunda B, metía a mas de treinta y una mil personas en un estadio. Los medios informativos a nivel nacional se hicieron eco de la noticia y batimos el record de asistencia. Luego todos a la Plaza de la Victoria, otro de los símbolos del fútbol amarillo, y a disfrutar después de días de tiempos de sufrimiento.

Y todavía hay gente que me pregunta que por qué soy de la UD Las Palmas. Y mi respuesta siempre es la misma, - porque somos grandes-. Porque formo parte de una afición de lujo, de la cual cada día que pasa, me siento más orgulloso. No importa la cantidad sino la calidad. Peñas que se dejan la garganta en el Estadio para apoyar al equipo, como Ultra Naciente o la renacida Frente Insular, o como la señora de la Juanito Guedes, que siempre está presente en el Estadio. Aficionados con iniciativa y predisposición a ofrecer su ayuda cuando hace falta. Para los mosaicos, siempre dando el callo, o para los rollos de papel, ya no solo el curro de colocarlos, sino el de recogerlos.

Gente dispuesta a darlo todo por un equipo, por un club, por un sentimiento común, por el sentimiento de los amarillos. Porque contamos con jugadores que sudan la camiseta y que sienten los colores, como por ejemplo Marcos Márquez (nuestro Matador), Roberto Santamaría, David García... Porque a pesar de ser un equipo humilde siempre estamos ahí luchando y sin mover cantidades estrepitosas de dinero. Porque no puedo evitar sentirme mal cuando mi equipo pierde, porque no puedo evitar alegrarme cuando gana. Porque cada vez que me pongo mi camiseta y me amarro al cuello la bufanda me transformo en otro y paso de ser la persona más serena a ser la más crítica. Porque, aunque suene cursi, siento amor por la UD Las Palmas, muchos se ríen cuando lo digo, pero sé que no soy el único.

Y podría seguir diciendo porque y porque y porque, pero se trata de un relato corto y no quiero que me descalifiquen por pasarme del límite de palabras.

Gracias a los que han hecho posible este sueño, gracias a la afición que siempre está ahí, tanto para lo bueno como para lo malo, que siempre alienta hasta el final de la porfía esperando confiada la victoria más rotunda un día tras otro día (no me acusen de plagio). Gracias a la directiva, por haber saneado a nuestro equipo. Gracias a el señor Cobo Plana, por haber hecho que este equipo siguiera de frente. Gracias a Juan Manuel Rodríguez por lo que ha hecho por nosotros. Gracias a los periodistas que apoyan al equipo y que no transforman y manipulan la información. Gracias por hacer que cada día me sienta más orgulloso de ser de la Unión Deportiva Las Palmas. Gracias Unión Deportiva por existir.

He de admitir, que esto de crear tu propio relato te sirve de desahogo y muchas veces te hace conocer cosas de ti mismo que verdaderamente no conoces, sientes cosas escribiendo que a lo mejor nunca las habías sentido de la misma manera que al reflejarlas en un folio. En estos días que he estado escribiendo he descubierto que soy capaz de emocionarme con recuerdos y no solo con hechos. Para terminar, doy gracias a este equipo por haberme brindado la oportunidad de conocer a gente estupenda y maravillosa, miembros del foro de udlaspalmas.net y no miembros también. Gente con muchas cosas que contar y gente que merece la pena conocer. No los nombro uno por uno porque sería demasiado "pesado", pero todas esas personas a las que me refiero, que sepan que les admiro y que he aprendido muchas cosas de ustedes. A seguir luchando por nuestro equipo.

Unión Deportiva, nunca caminarás sola.

Amarillo hasta el final de mis días...

RELATO NÚMERO 3

"Nueve minutos"

Aún no salía de mi asombro. ¡Hacía sólo un rato estaba la mar de tranquilo! Y casi de golpe, sin saber realmente cómo pasó, el cielo cayó enterito sobre mi cabeza. El primer gol del Sanse ya me hizo temblar imaginando los treinta minutos de prórroga en inferioridad numérica. ¡Y ahora, esto...! Ese descarado jovenzuelo, que apenas ha tocado el balón en todo el partido, nos enchufa el segundo a cinco minutos del final. Otro año más aplazando los sueños... ¡Si Nauzet hubiera metido uno sólo de aquellos golpes francos que lanzó...! ¡Si Curro se hubiera quitado el balón de encima antes de verse obligado a cometer esa falta que le costó la roja...! ¡Si Pindado hubiera hecho la parada de su vida...! ¡Maldita sea! ¡Esto no puede estar pasando!...

-“Pero hombre, no te lo tomes así. ¡Tampoco es para tanto!”. Gloria hizo el comentario con ese tono de indiferencia que tanto me irritaba. A ella siempre le había resultado ridículo que mi estado de ánimo dependiera de una pelota. No es futbolera y no comprende ciertas cosas. Aún recuerdo la cara que puso cuando le sugerí pintar las paredes de nuestro apartamento de color amarillo.

-“¡Bueno, te lo acepto, siempre y cuando utilicemos una tonalidad más pálida! ¡Pero tienes suerte de que la Unión Deportiva no vista de morado, porque entonces te quedabas con las ganas!”, me dijo. Nos casaremos este mismo año, si Dios quiere.

Rodeado de botes de pintura de mi color favorito, hubiera querido explicarle de nuevo lo que ella nunca ha entendido. Que odio tumbarme al sol para no enrojecer el tenue amarillo de mi piel. Que todas mis entrañas son amarillas: mi tuétano, mi bilis... hasta mi sangre. Que la Unión Deportiva Las Palmas es el cordón umbilical que me ata a mi tierra y me alimenta de identidad. Herencia de mi familia y de mi gente. Oxígeno puro y agua de manantial. Vitamina, proteína y carbohidrato. Capaz de darme energía para enfrentar con buena cara la rutina diaria tras las victorias, o de hacer que las jornadas se hagan eternas y grises después de las derrotas... Pero no tenía humor para articular palabras que ya había repetido una y otra vez, y que sabía no iba a comprender. En el fondo, ella tenía razón. Sólo era un partido. La Unión Deportiva Las Palmas continuaría estando ahí, y seguiría contando con mi apoyo aunque fuera colista de la cuarta regional.

La observé en silencio, mientras intentaba dejar mi mente en blanco para que no descubriera cuán desnudo y vulnerable me sentía en ese momento. Pero no pude. Agaché mi cabeza, y me sumergí en mi propio abismo cerrando los ojos, de los que no pude evitar que se escaparan dos frías gotas que se deslizaron lentamente por mis mejillas. Pensé que se acercaría a mí para abrazarme, como solía hacer cuando me veía abatido, pero se quedó de pie. Sentí su mirada clavada en mi nuca hasta que, tras un minuto eterno, se fue del salón sin articular palabra.

Ya no tenía ganas de seguir con el rodillo. Lo solté en cualquier parte y me recosté en el suelo cubierto de plásticos, oyendo de fondo el cloqueo de Ruyman Almeida en la radio, que seguía narrando el partido esperanzado, pero con la voz encogida y ahogada como si le estuvieran estrujando el pecho. Yo tenía la costumbre de zapear entre varias emisoras, pero esta vez no pensaba marear el dial, y menos aún para escuchar a los agoreros de siempre reafirmarse en su cansino discurso: ...que si ya llevaban tiempo advirtiéndolo, que si el equipo era más malo que la peste, que si no iba a llegar a ninguna parte, que si patatín, que si patatán... Igual que muchos conocidos míos, aficionados renegados de la Unión Deportiva, que ahora, entre copa y copa, se ríen del equipo sin pudor. "Mejor te haces seguidor del Universidad", -me dicen- "que Las Palmas es un equijejo que malgasta dinero público a espuestas para ser cada vez más lamentable"... ¡Manada de ignorantes! ¡Como si el amor a unos colores dependiera de unos libros de contabilidad! ¡Qué fácil es abandonar un barco zozobrando que amenaza naufragio cuando arrecia el temporal!

Ella regresó. Al principio no le presté atención. Pero al girar la cabeza la vi, de pie junto al quicio de la puerta, con la cabeza ladeada, mostrándose inocente y tímida, más bella aún de lo que acostumbraba. Su tez dorada relucía, y las gotas de pintura que le habían caído en la cara le aumentaban el encanto. Su pelo seguía desordenado. Y en su cuello, enroscada, la bufanda de la Unión Deportiva que le regalé al poco de empezar a salir juntos, cuando le dije que esperaba que no fuera celosa porque me iba a tener que compartir. Yo pensaba que la había perdido, pero la tenía guardada como un pequeño tesoro ¡...y se la había traído hoy, escondida entre su ropa de faena! No dijo nada. Se acurrucó junto a mí. Me miró a los ojos, y yo a los suyos. Su mirada brillaba de una forma especial, llena de la luz que reflejaban sus lágrimas. Los años de relación nos han enseñado que en nuestros ojos únicamente vamos a encontrar verdad. Y a través de ellos, por primera vez desde que nos conocimos, sentí que al fin me entendía.

Fue entonces cuando ocurrió. Un sobresalto, un instante, y el grito interminable de Ruyman rebotando con eco por todos los rincones del apartamento: "...¡Goooooooooooool!...". Todos mis pensamientos se dieron a la fuga mientras me precipitaba sobre el radiocasette para subir el volumen con dedos temblorosos: "...¡Nauzet acaba de marcar un gol que no vale la eliminatoria! ¡Este gol tiene que valer un ascenso! ¡Vaya gol milagroso de Nauzet!..."

Nuestras caras se encendieron con una mezcla de sorpresa, alegría e incredulidad. Unos resortes invisibles nos levantaron del suelo y nos hicieron dar vueltas irracionales en derredor, gritando desaforadamente. No era un sueño, era real. Las Palmas nuevamente volvía a estar clasificada. Tuvimos que atemperar la euforia inicial, para dejar paso a la prudencia, a la intranquilidad y a los nervios. Faltaban aún los minutos del descuento. En esos momentos, no existía en la habitación nada más que la radio, y la voz de Ruyman rebotando por las paredes. "...*Cuidado que ataca la Real. ¡Corren todos para atrás!...*" - ¡Por tu madre, Víctor, saca ya ese balón de ahí!- "...*¡Y el balón se va fuera, se va fuera...! ¡Saque de puerta para Las Palmas!...*" La intranquilidad nos impedía permanecer quietos. Nuestros pasos nerviosos nos dirigían a cualquier parte del salón. Gloria y yo nos tropezamos en más de una ocasión siguiendo cada uno su propia trayectoria a la deriva... ¿Pero qué pasa que el árbitro no pita? ... "*¡No nos enseñaron el alargue! ¡No nos enseñaron cuánto tenemos que sufrir de más!...*" ...Que se acabe ya, por favor, que se acabe ya... Pero ¿qué pasa que no se acaba? -... "*El árbitro miró el reloj, miró el reloj, miró el reloj... ¡TERMINÓ!, ¡TERMINÓ!, ¡TERMINÓ!, ¡TERMINÓ!, ¡Terminó el partido!... ¡Las Palmas va a estar en la final! ¡Las Palmas va a luchar por subir! ¡Las Palmas va a luchar por el ascenso! ¡Las Palmas sufrió! ¡Sufrió como siempre! ¡Pero va a estar en la final!...*"

Creo que fue en ese instante cuando mi corazón se marchó dando brincos, seguramente en dirección a la Plaza de la Victoria. Se me salió por la boca, dejando atrás un cuerpo rebosante de alegría, agotado por el repentino bajón de adrenalina y que no entendía por qué seguía derramando lágrimas. Gloria y yo nos abrazamos. Acercando su boca a mi oreja, me susurró: -"*¡Pío, pío!*". Y nos fundimos con el beso más tierno, sentido y amarillo de toda nuestra vida. Los dos salimos al balcón, colgamos de la baranda nuestras bufandas y juntos observamos el cielo limpio, sin nubarrones y repleto de estrellas. El tiempo se detuvo. No se escuchó nada. Ya no se oyen las pitas de los coches ni los voladores de antaño. Esta ciudad se ha vuelto más fría, quizás debido a estos últimos largos años de continuas decepciones.

Abajo, las luces de las farolas proseguían impertérritas su desigual lucha contra la oscuridad, manteniéndose en guardia paciente y confiada. Aunque quedara mucho aún para el nuevo amanecer, desde hace tiempo saben que el sol también es amarillo, y finalmente aparecerá por el horizonte.

El mundo ni se había enterado de aquellos nueve minutos milagrosos en los que un pedacito de la historia había dado la vuelta. Pero daba lo mismo. Aquel momento era enteramente nuestro y nadie nos lo podría arrebatarnos en toda nuestra Vida.

RELATO NÚMERO 4

"El desconocido"

Mario sonreía ante el regalo que le acababa de entregar su padre. Feliz por celebrar su décimo primer cumpleaños junto a sus amigos, el chico se aprestaba a desenvolver aquel presente que aún mantenía ansioso entre sus temblorosas manos.

Rompió el envoltorio con las mismas ansias con las que momentos antes había devorado su gran trozo de tarta de bizcocho con fresas y nata, y descubrió ante sí la camiseta amarilla. Entre los aplausos de los presentes la extendió orgulloso al viento y contempló entusiasmado el escudo de sus amores junto al logo publicitario de Gran Canaria. En su parte trasera portaba su dorsal preferido, el número 6, y ocupando un lugar de privilegio lucía también su nombre, Mario Rodríguez.

Entre lágrimas de emoción abrazó a su padre, se enfundó la camiseta y corrió a su cuarto a buscar el balón que descansaba encima de la repisa junto a la cabecera de su cama.

- ¡Mario! - gritó su padre - ¡Mario, no tan aprisa!, ¡ven un momento!

Medio refunfuñando entre dientes el chico retrocedió sobre sus pasos mientras comprobaba con satisfacción que efectivamente era la camiseta oficial de la Unión Deportiva Las Palmas. La misma que portaban los jugadores que él veía cada vez que su padre lo llevaba a presenciar los partidos en el Estadio de Gran Canaria.

- Mario, ¿a dónde vas tan aprisa?. ¿No quieres acabar de ver tus regalos?, preguntó su padre.
- ¿Otro regalo?, ¿para mí? - preguntó con cara de incredulidad y satisfacción a la vez.
- Si para ti. Para quien si no. Toma. Esto también es tuyo.

Cogió el sobre que le entregó su padre, lo abrió y leyó en voz alta:

INAUGURACIÓN DEL MUSEO DE LA UNIÓN DEPORTIVA LAS PALMAS, S.A.D.
Invitación para dos personas

La devoción de Mario por el fútbol venía desde muy pequeño. Siempre quiso ser futbolista y nunca perdió su afición por este deporte a pesar de su enorme decepción por no haber superado las pruebas para ingresar en la cadena de filiales de la UD Las Palmas.

Entre tanto jugaba en el equipo de su barrio sin demasiada fortuna porque no terminaba de ganarse la titularidad. Su padre le decía que no se preocupara, que se centrara en divertirse que a su edad eso era lo más importante.

El Domingo, día de partido, lo relegaron una vez más a la suplencia. Ostensiblemente enfadado y con su camiseta de la UD Las Palmas bajo el brazo a modo de talismán, retrocedió unos pasos y se sentó en la grada justo detrás del banquillo. Permaneció en silencio... Ausente. De cuando en cuando murmuraba en voz baja y maldecía al entrenador hasta que una voz ronca le sacó de su letargo.

- *Esa camiseta debe ser tu horizonte, muchacho. Respétala y tenla como referencia para tus ambiciones como futbolista.*

Era un señor alto y espigado que, a pesar del calor sofocante que hacía esa mañana, vestía un elegante traje azul oscuro con corbata a juego.

- *Ya, ya...eso se lo dices al entrenador, que no confía en mi* - espetó el chico.
- *No desesperes. Nunca hay que bajar la guardia y hay que saber aguardar la oportunidad que tarde o temprano llega. Quien sabe, a lo mejor hoy es tu día.*
- *Sí, seguro, hoy es mi día* - le replicó Mario sarcásticamente mientras fijaba la mirada en la evolución del partido
- *Hay que tener fe, muchacho. Mira, se que ayer fue tu cumpleaños y quiero hacerte un regalo* - aseveró el desconocido - *. Estas botas fueron las primeras que usé cuando tenía más o menos tu edad. Y ahora quiero que las uses tú.*
- *¿Para mi?,* - preguntó, Mario - *¿pero por qué?* - volvió a insistir-

De repente el grito desesperado del entrenador interrumpió la conversación entre el chico y el caballero trajeado que había aparecido sorpresivamente.

- *¡Mario!...¡Mario!...* - vociferó - *¡vamos, prepárate para saltar a la cancha!*

Absorto en la conversación el joven dio un sobresalto y bajó hasta el banquillo para prepararse. Buscó con la mirada a su intrigante amigo, le hizo un gesto de agradecimiento y se aprestó a enfundarse las viejas botas que le había regalado.

Mientras empezaba a calentar para saltar al terreno de juego le gritó de lejos:

- *Ah, por cierto, yo me llamo Mario ¿y tú?* - y continuó corriendo sin esperar a escuchar la respuesta -
- *Lo sé* - musitó en voz baja el desconocido - *Yo Juan.*

El partido fenecía y el empate se antojaba como resultado inalterable si nadie lo remediaba. A pocos minutos del final un balón en largo es atajado por Mario con el pecho, lo baja al suelo con exquisita elegancia y lo controla con esas botas viejas y usadas que acababa de estrenar hacía pocos momentos. Tras dos quiebros espectaculares a sendos rivales que le encimaban, ejecuta un pase imposible de treinta metros a los pies del compañero que se desmarcaba en la media punta, quien tras control orientado encara al portero rival y lo bate por bajo ante la euforia de todo el equipo.

Mario salió aquella mañana como un héroe a hombros de sus compañeros. En medio de su baño de multitudes se acordó del desconocido que lo había abordado y lo buscó con la mirada para regalarle un guiño de complicidad. No halló a nadie. Su mirada se perdió en el vacío de la grada y marchó contrariado al vestuario a seguir con la celebración de la victoria.

Los accesos al barrio de Siete Palmas estaban abarrotados como siempre. Tras lograr estacionar el vehículo en unos aparcamientos cercanos al Estadio de Gran Canaria, Mario enfiló de la mano de su padre rumbo al Museo de la Unión Deportiva Las Palmas.

Allí conoció muchas historias de su equipo del alma. Vio el trofeo de Subcampeón de la Copa del Rey de 1978, las camisetas de jugadores legendarios, banderines conmemorativos de encuentros importantes, placas de agradecimiento y fotos... muchas fotos. Entre tantas, una de ellas llamó su atención. Una foto que centró su curiosidad y perplejidad hasta dejarlo absorto. Mario la miró una y otra vez. "*Esa cara...*", pensó.

- *Papá, papá* - gritó - *mira, este es el hombre del que te hablé. El que me regaló las botas* - añadió -
- *Mario, no digas tonterías y ven para acá que te vas a perder* - le gritó el padre desde el otro lado de la sala mientras seguía las evoluciones del guía.

Mario frunció el ceño, se encogió de hombros y echó a correr en busca de su padre. El eco de sus pisadas alejándose dejaba a sus espaldas la foto en blanco y negro de un futbolista agachado sujetando un balón. Al pie de la foto se podía leer:

Juanito Guedes, "el Mariscal" (1942 - 1971)

RELATO NUMERO 5

"Sin título"

Con los ojos aún cerrados, escucho a la enfermera entrar en mi habitación. Segundos después, el ruido de la persiana levantándose y la claridad que me llega a la cara hacen que abra los ojos con lentitud. Es sábado por la mañana. Desde mi cama, si miro por la ventana de la habitación número veintisiete en la quinta planta de éste Hospital, puedo apreciar algunas nubes; nubes que si bien ahora pintan el cielo de color blanco, estoy seguro de que a lo largo de la mañana marcharán para dejar paso al sol, y comenzar a dar luz a la histórica jornada de éste sábado que acaba de empezar.

Sin dudarlo ni un momento y casi por arte de magia, mi mano se desplaza debajo de mi almohada para comprobar que el tesoro mejor guardado sigue a buen recaudo. Efectivamente ahí está. Sólo su suave tacto hace que se me acelere el corazón y comience a vivir éste gran día. Es la camiseta de mi Unión Deportiva Las Palmas, amarilla y azul, con su escudo bordado en el pecho; mi traje de batalla; esa con la que tantas y tantas tardes y noches me acompañó camino de la Grada Curva, esa sobre la que he reído, he llorado, he estirado, sacudido y sudado. Hoy juntos volveremos a ser sólo uno para lanzar al cielo el grito de una victoria que nos devuelva a donde nunca debimos salir; un puesto entre los grandes del fútbol español.

Comprobado que está la camiseta, los ojos se me van ahora hasta la mesita que hay junto a mi cama. Ahí está la radio que me acompañará éste día en mis oídos, desvelándome cada secreto y cada noticia que vaya ocurriendo en riguroso directo. A mi cabeza me viene el recuerdo de aquellas tantas tardes de domingo que desde las cuatro, quizás incluso antes, recién terminado de comer, me ponía sólo en casa de mi abuela conectado al altavoz y escuchando cómo había sido el viaje de los reporteros con el equipo amarillo hasta esos campos de Dios repartidos por toda la geografía española. Hoy, si todo iba bien, se iba a acabar el deambular por esos pueblos para pasear el nombre de mi Unión Deportiva por los mejores estadios.

Después de leer la prensa deportiva y analizar las tácticas, alineaciones y comentarios de los que en pocas horas serán protagonistas de un día épico, comienzan a desfilar ante mi cama familiares y amigos que me saludan y me ofrecen largos ratos de alegría. A veces se les escapa un "no te preocupes, no pasará nada", o un "todo va a salir bien, estaremos siempre a tu lado". No sé a qué se refieren la verdad. Yo sólo pienso en que la tarde pase lo más rápido posible y en el momento que empiece a rodar el balón, sin prestarles mucha atención ¿Quizás no se han dado cuenta de qué día es hoy?

Terminado de comer y tras echarme una pequeña siesta, vuelvo a mirar por la ventana. Empieza a caer la tarde. Seguro que muchos amarillos ya han comenzado a desfilar rumbo a nuestro fortín. A mi mente llegan imágenes de aquellas tardes que, con doce años, pasábamos de pié haciendo cola en el Paseo de Chil, hasta cuatro y cinco horas antes del partido para entrar al estadio, cargado con una mochila llena de paquetes de papas, pipas, bocadillos y hasta un plástico por si llovía. Bufanda al cuello, aplaudíamos a todo coche que se atreviese a tocar la pita a ritmo de "Vaaaasmos Las Paaaalmas". Noto como mis labios se mueven en silencio cantando las canciones de Ultra Naciente. Con los ojos cerrados, reviviendo el momento, aprieto con el puño las sábanas de mi cama, sobre la que llevo ya varias semanas, y con un cierto pinchazo en mi pecho, noto como mis ojos se humedecen dejando caer una lágrima por mi mejilla. Me digo: "Hoy no hay lugar para penas, tienes que ser fuerte. El aficionado amarillo nunca deja solo a su equipo".

Fuera se escuchan muchas voces. Familiares que vienen a visitar a las personas que tienen ingresadas. Para mí, son cientos de aficionados que se empiezan a agolpar ya en los alrededores del Estadio para entrar a disfrutar de la victoria. También me comienza a llegar el olor de lo que presumiblemente será mi cena. Lo que supuestamente es consumé de verduras con una tortilla de papas, yo lo convierto en el inconfundible olor a calamares secos del puesto que a cada partido en casa estaba ahí al pie del cañón, vendiendo también banderas, camisetas y bufandas, todo amarillo y azul, para conseguir aterrar al rival desde las gradas.

El momento se acerca. Todo está preparado ya. Desde mi cama, con mi camiseta amarilla puesta, bufanda al cuello y auriculares en los oídos, conectan desde el campo; se empiezan a oír de fondo los gritos de la hinchada amarilla. Me digo: "seguro que debe andar por la grada Fernando el Bandera con su trompeta... ¡qué grande!, y cómo animaba a todos para levantar al equipo...". El Estadio, según puedo escuchar presenta una entrada increíble, no cabe un alfiler e incluso las arenas están llenas por presenciar éste espectáculo. Todos quieren ser testigos. Salta nuestro equipo y empieza a sonar nuestro himno. Desde el interior de mi corazón canto a viva voz nuestro grito de guerra seguido de un Riki Raka que se ha tenido que escuchar en La Isleta. Es una noche mágica. Ya puedo imaginar los titulares de la prensa de mañana: "Un espectacular estadio vive la noche más esperada", "La U.D, a Primera División". Comienza el partido.

Todo está yendo bien. Se juega, se toca y se llega. Se crean ocasiones y el público no deja de empujar, incluso se pudo ver una ola que remojó de ilusión las gradas dando varias vueltas. Sólo falta el gol y seguro que está apunto de llegar. Se acerca el minuto ochenta y ocho. Noto que mi tensión ha subido. Los nervios hace rato que afloraron y me tengo que humedecer los labios con agua. Pienso que hoy será una de esas noches que ganamos y nos llevamos el partido en los últimos minutos; "por eso es bonito ser de Las Palmas, porque nos gusta hacer las cosas difíciles..." Tras una jugada de varios toques, se lanza un balón en profundidad a la banda derecha. Carrera de treinta metros, encara al defensa, se consigue zafar y lanza un pase al delantero en el centro del área. Cierro los ojos y escucho atentamente, imaginándome la jugada en mi mente. Los nervios me pueden, el corazón parece que se me va a salir y me cuesta respirar.

De repente, se escucha un pitido muy fuerte y continuado, como si el árbitro estuviera dentro de mi habitación. Noto un dolor muy fuerte en el pecho y no puedo respirar. ¿Será el dolor de la alegría? El árbitro ha pitado penalti. Es increíble, sabía que no me iban a fallar, sabía que no les podía fallar. Abro los ojos muy lentamente y me doy cuenta de que estoy en el estadio. El blanco de los focos se mezcla con el verde del césped, y en el ambiente se respira un increíble olor a alegría y esperanza. La afición está desbordada. Noto gente corriendo a mi alrededor, gritos, empujones y balanceos; parece que esté corriendo grada abajo. Junto a mí, mis dos abuelos, ellos que me enseñaron todo sobre la casa amarilla, me contaron su historia, me llevaron al Estadio e hicieron que el gusto por un deporte se convirtiera en una pasión de por vida.

Se va a lanzar el penalti. El tiempo ya está acabado. Todo se vuelve en silencio. El delantero coloca el balón, mira al portero y coge distancia. El árbitro toca el pito y el delantero se lanza sobre el balón.

El estadio se cae de la alegría. La gente no para de saltar, de gritar, de aplaudir; se abrazan unos a otros. El PIO PIO se alterna con gritos de "Las Palmas, Las Palmas" al ver acercarse al equipo hecho una piña hasta la banda. Sabía que lo íbamos a conseguir. ¡¡Volveemos a Primeraaa!! Por fin la bandera amarilla y azul volverá a ondear por los campos de fútbol de Primera División, de donde nunca debió salir. La Unión Deportiva vuelve a estar entre los grandes y estoy seguro que será por muchos años. No me lo puedo creer; pero ya lo había advertido, por eso es bonito ser de Las Palmas, porque gana haciendo las cosas difíciles, porque cuando menos te lo esperas te levanta de la silla y hace que pegues el grito mas fuerte del mundo, y que empieces a llorar mientras cantas gol.

Veo a mis padres llorar. ¿Por qué has tenido que irte? me dicen.

Ahora ya lo entiendo todo. No os preocupéis por mí, porque me voy con mi camiseta amarilla puesta, y feliz porque ahora le podré animar desde todos los campos donde juegue.

RELATO NUMERO 6

"La radio"

Durante aquellas horas recordaba con dulzura aquellas tardes largas de verano junto al paseo. Recordaba con nitidez las sombras livianas que dejaban las huellas de sus pies pequeños y bonitos en la arena y el sabor de la sal en sus hombros. Parecía como si no hubiera pasado el tiempo; ni la guerra, ni los kilómetros, ni los hijos en tierra extraña. Cada día de partido, muy de mañana, se sentaba junto a la enorme radio que presidía la mesilla del salón y regresaba, durante algunas horas, a las calles de su juventud.

Tacoronte conducía la pelota por la banda y él, hundido en recuerdos, veía el sol asomando por los contornos dorados de las Arenas. Otras veces Ulacia abortaba con una estirada felina algún disparo endiablado y él, mientras tanto, escrutaba los barcos que entraban en la bahía desde su casa de La Isleta mientras las torres grises de la catedral se recortaban altivas contra cielos de un azul tan profundo que parecían sólidos. Muchas veces, cuando Cedrés cortaba un balón y se lanzaba como un auténtico poseso hacia campo enemigo, podía ver con nitidez los rotundos perfiles de la costa que se perdía hacia el norte enmarcada por las blancas espumas y los cielos encapotados del verano. Pero sobre todo la veía a ella.

Los años pasan deprisa. Mientras Oramas remataba un córner muy ceñidito al palo que levantaba los uysss de la Naciente, recordaba los disparos secos en la calle Roque Nublo y los riachuelillos de rojo brillante que resbalaban hacia el Puerto. Recordaba con nitidez el ruido de los camiones que recorrían el barrio de madrugada para llevarse a los que osaron levantar un dedo ante la barbarie. Recordó la huída hacia el muelle, la sentina de aquel barco miserable que lo arrancó de los suyos, la silueta negra de la isla alejándose y perdiéndose entre las brumas de aquella maldita mañana de agosto. Recordó la angustia que produce la impotencia de saber que atrás quedaba todo por lo que sus manos de carpintero habían cogido el fusil. Cuando sus recuerdos se volvían oscuros, alguna genialidad de Guedes culminaba felizmente y el G00000000L gritado al unísono por sus paisanos le devolvía la alegría. Las Palmas, Las Palmas, Las Palmas, arrojaba con entusiasmo aquella pequeña ventana a lo que pudo ser y no fue.

Cada sábado, puntual, se sentaba junto a la radio para escuchar el partido. Nunca había visto al equipo en directo, pero no se perdía ninguna de aquellas palabras que traía la radio desde la otra orilla del océano. En aquellas horas que duraba la magia recorría las calles de la ciudad. Oía con claridad los gritos de Sebastiana, la de Marcialito, llamando con estruendo a los niños a la mesa.

Hasta podía oler con nitidez los olores contradictorios del puerto. Pero lo que de verdad añoraba era tener en los labios el sabor dulzón de aquella boca roja, intensa.

Y se hundía en sus recuerdos mientras Germán, con toda la tranquilidad del mundo, ponía el balón con precisión de cirujano en cualquier latitud del campo para un compañero sólo tuviera que empalarla seca y abajo. Entonces volaban a través de las ondas miles de gritos que, desde su verdadera casa, llegaban claros y nítidos. Como si el campo estuviera allí mismo y no al otro lado del mundo.

Durante años esperaba con ansiedad el final de los partidos en casa. También oía con interés los que se jugaban fuera, pero las retransmisiones desde el Insular las seguía con un interés especial. Sucedió siempre al final de la primera parte. La voz era casi un susurro que se confundía entre los gritos del gentío: "Grande, bonito, te quiero". La primera vez que lo oyó no pudo creerlo. No podía imaginar como ella podía saberlo; cómo podía saber que oía la radio desde el otro lado del mundo. Era imposible. "Grande, bonito, te quiero", escuchó quince días después; aquellas palabras que repetía junto a su oído aquel verano en que pudieron ser felices y acabaron separados por una tragedia que los envolvió para siempre. Siempre en el mismo momento, justo cuando el comentarista daba entrada a la publicidad antes de ir al descanso. "Grande, bonito, te quiero". -Yo también te quiero, respondía él furtivo y nervioso, temiendo que su familia pudiera oírlo; que la mujer con la que se había casado pudiera descubrirlo.

Y pasaron los años. Y los ascensos; y los descensos. Y el tercer puesto y el segundo y aquellas mañanas de entre semana con Copas y Uefas de pormedio. "Grande, bonito te quiero". Hasta que una mañana de enero la vieja radio dejó de pronunciar aquellas palabras. -Estará enferma, pensó el primer día- Le habrá pasado algo, se repitió a sí mismo con cierto desasosiego. La tercera semana tuvo la certeza de que ella había muerto.

Volvió muchos años después. Pudo regresar a casa y reencontrarse con un pasado interrumpido. Lo primero que hizo al pisar tierra fue visitarla en el viejo cementerio del Puerto. Lo segundo, ir al Insular y ver por primera vez en su vida un partido de la UD Las Palmas. Se sentó en la grada y justo cuando el último jugador amarillo abandonaba el campo en el descanso cerró los ojos y lo oyó con nitidez:: "Grande, bonito te quiero". -Yo también, -dijo sin temor a que nadie pudiera oírlo.

RELATO NÚMERO 7

"Gracias Don Miguel"

Don Miguel y Doña Josefa eran clientes míos. Como me pareció un caso fascinante y descubrí, en la primera entrevista que tuve con ellos, que su amor por la UD Las Palmas era incondicional, decidí encargarme del cuidado de Don Miguel personalmente. Así, día tras día, acudía a su domicilio para atenderlo, mientras hablábamos del equipo amarillo. Él me recordaba la época antigua de la Unión Deportiva, me hablaba de jugadores que vistieron la camiseta amarilla, me contaba anécdotas de sus numerosos viajes acompañando al equipo (recuerdo especialmente una que me contó, que se produjo en un viaje a Villareal, cuando este equipo aún era humilde que, paseando por las calles del pueblo con las camisetas amarillas, un vecino se asomó a la ventana y les dijo: ¡¡Oigan, no abusen mucho de nosotros en el campo, jueguen suave que no queremos que nos vapuleen!!).

Entonces, cuando la Unión Deportiva se clasificó para la liguilla de ascenso, se me ocurrió la idea de recompensar de alguna forma tanta dedicación por nuestro equipo y pensé en la posibilidad de invitarlo al partido del posible ascenso (recé para que la Unión Deportiva eliminara a la Real Sociedad B, porque si no la idea no hubiera podido llevarse a cabo; quizás por eso se produjo el milagro de Nauzet). Empecé a moverme, llamé a la Cruz Roja para ver si podían llevarlo al Estadio (vivía en un 4º piso sin ascensor y Don Miguel no podía caminar. Había que bajarle en silla de ruedas). Me dijeron que, como mucho, sólo podían prestarme una silla de ruedas, así que acepté y decidí que le bajaría yo mismo, con ayuda de algún amigo. También llamé al Club para pedirle un pase a la zona VIP y me lo facilitaron sin problemas. Estaba todo preparado, ahora sólo faltaba que llegara el gran día.

Y llegó el 24 de junio de 2006. Dos horas antes del partido, fuimos a buscar a Don Miguel y a su mujer a su casa y lo bajamos por las escaleras (menudo jaleo). Los llevamos en nuestro propio coche y le acompañé a la zona de entrada de Tribuna para poder entrarle en la zona VIP. Comentar que tanto Don Miguel como Doña Josefa nunca habían estado en el Estadio de Gran Canaria, por lo que fueron dignas de mención las caras que pusieron cuando entraron y lo vieron por dentro. "Impresionante", "Qué bonito", eran algunos de los comentarios que salían de sus bocas. La emoción podía palpase en sus rostros. Les dejé en la zona VIP y me fui a mi asiento en la Grada Sur. Entonces ocurrió lo que ocurrió, que la UD ganó al Linares y ascendimos de categoría.

Sin tiempo para celebraciones, acudí raudo a buscarlos. Estaban exultantes, alegres, emocionados. Les devolví a su casa (no saben lo que cuesta subir a una persona en silla de ruedas cuatro pisos) y, mientras todos celebraban el ascenso de categoría, nosotros sudábamos para poder llevarle a su domicilio. Pero valió la pena.

Hoy, 1 de marzo de 2007 es la misa funeral por Don Miguel, que falleció el pasado miércoles 21 de febrero a los 78 años de edad. Por ello, va desde aquí mi más sentido homenaje para un hombre que, durante toda su vida, amó a la Unión Deportiva más que a sí mismo. Seguro que allá donde esté, no podrá olvidar el último ascenso que vieron sus ojos en vida. Prepárese para disfrutar otros muchos desde arriba.

GRACIAS DON MIGUEL, DESCANSE EN PAZ

RELATO NÚMERO 8

"Una Historia del Barrio"

Llegaba Juan "contento" a su casa. Esa noche la Unión Deportiva Las Palmas había ganado y él había disfrutado del partido y de la fiesta que le siguió. Con su voz ronca, sus gritos se oían en todo el barrio.

"¡¡PÍO, PÍO!! ¡¡PÍO, PÍO!!"

Antoñito, un vecino de los más viejos del lugar, sentado junto a su piso, le vió llegar y sonriendo le saludó con esa voz fina que a algunos le da la edad, como si estuviera cantando.

Antoñito: "Hombre, Juan ¿no me digas que llegas ahora del Estadio?
¡Si son las 6 de la mañana!"

Juan: "¡Antoñito! ¿Qué pasó? Sí, venimos de celebrar la victoria de Las Palmas. ¡Tres - cero! ¡Qué partidazo!" Y usted, Antoñito... ¿Cómo es que no fue? ¿Está enfermo? Le veo pálido."

Antoñito: "Ayer no me encontraba bien, así que preferí quedarme escuchando el partido; y ahora me acabo de levantar y salí a tomar un poco el fresco.
¿Qué? ¿Como fue el partido?"

Juan: "¡Un auténtico partidazo! Si viera cómo movíamos la pelota; A Jorge tocando y organizando; Nauzet y los Gemelos Suárez volvieron locos a los defensas.

Santamaría no tuvo trabajo y Márquez se clavó dos goles. Y lo mejor, el gol de David García ¡Vaya papazo, desde fuera del área y por toda la escuadra!

¡¡PÍO, PÍO!! ¡¡PÍO, PÍO!!"

Alguien desde los pisos gritó:

¡¡SILENCIO!! ¡¡CÁLENSE YA, MACHANGOS; DEJEN DORMIR A LA GENTE!!

Juan: "¡Vaya con la vieja! ¡Menudo genio!"

Antoñito: "No grites tanto, Juan, que hay gente que duerme.
Oye una cosa ¿Fue mucha gente al Estadio?"

Juan: "Treinta mil. Estábamos casi todos los del barrio. Como el Estadio queda ahora tan cerca. Y espere a que venga el Tenerife. No vamos a caber todos. ¡Este año subimos a Primera, se lo digo yo!! Usted cuídese, Antoñito, que para ese partido tiene que estar allí."

Antoñito: "Deja ver, mi niño. Ya uno tiene su edad y no siempre hay fuerzas para llegar hasta allí."

Juan: "¡Si no tiene fuerzas ese día, usted me llama, que yo le llevo!
¡Va usted a perderse el partido contra los chichas, hombre!
¡Yo le llevo! ¡Faltaría más!"

Antoñito: "Muchas gracias, Juan; te lo agradezco en el alma."

Juan: "No hay porqué darlas, Antoñito. ¡Venga, anímese y grite conmigo!
¡¡PÍO, PÍO!! ¡¡PÍO, PÍO!!"

Antoñito: "No grites más muchacho, que se va a enfadar la gente."

Juan: "Bueno, Antoñito; yo me voy a dormir un rato, que ya es hora. ¡Hasta luego! ¡Que se mejore!"

Antoñito: "Gracias, mi niño. Eso ve a dormir; métete en tu casa que ya va a abrir San Lázaro."

Y en esto , una voz salió desde el primer nicho:

"DITOSEADIOH, NI EN EL OTRO BARRIO PUÉ' DESCANSAR UNA."

DEDICADO CON CARÍÑO A LOS QUE YA NO ESTÁN AQUÍ ANIMANDO A LA UNIÓN
DEPORTIVA EN CUERPO, PERO SÍ EN ESPÍRITU.

RELATO NÚMERO 9

"El abrazo"

Pita ya, por favor.

Terminemos de una vez esta farsa y nos vamos todos a casa.

Se acabarán los nervios, el sufrimiento. Noventa minutos, sin un tiro entre los tres palos a excepción del penalty que encima no fue... Ellos, sin embargo, cuatro ocasiones, tres goles. Puede pasar, estoy de acuerdo, pero de otra manera. Podemos perder pero siempre respetando los colores de una camiseta que defiende el sentimiento de un pueblo. Un noble sentimiento que vive aquí desde mucho antes de que estos que sólo juegan con la ilusión de uno viniesen al mundo. Mejor me callo. Mejor me voy.

Las últimas banderas abandonan el Estadio de Gran Canaria. Mudos testigos de la enésima derrota que nos separa aún más del objetivo a cumplir. Estandartes que fueron de mayores glorias en partidos con sabor épico. Épocas de triunfos y de alegrías. Y ahora esto. Ahora toca sufrir. Las malas caras en la guagua, el "¿Cómo quedaron?" al llegar a casa, el ver como casi todos los demás cumplen sus sueños al llegar al final de la extensa temporada. Y abajo nos quedamos los de siempre...

Ahora toca despertarte al día siguiente para enfrentarte a un monstruo de papel, fotos y tinta que te devora recordándote que este año tampoco va a ser bueno y que estadísticamente somos los peores de la clase. Esta vez es la definitiva. Se acabaron los nervios. Se acabó el sufrimiento.

Me repito a mi mismo esta frase una y otra vez. Pero en esta ocasión es diferente. Esta vez haré como ya han hecho otros. Abandono la nave amarilla y me voy con un montón de sueños rotos e ilusiones desperdiciadas por el camino a ninguna parte. El Estadio de Gran Canaria ya no significará nada para mí. Ya no tendré que mirar la clasificación cada fin de semana ni entrar en estériles discusiones acerca de uno u otro entrenador, acerca del mercado de invierno ni el de verano. Ahora seré por fin libre de esta carga que llevo arrastrando desde que mi padre me llevara al Estadio Insular una tarde de invierno. En aquella Grada Curva aprendí a apreciar el calor y la pasión de una afición que se desvive por un ideal. Pero eso ya no va conmigo. Ya no seré yo el que sufra contigo Domingo sí y Domingo también.

Me ahorraré en su día tener que explicarle a mi hijo quiénes fueron los Guedes y Tonono, ni hablarle de la gloriosa Final de Copa, ni del triste día que dejamos atrás el Insular, ni del mágico gol de Nauzet Alemán en Anoeta, ni del ansiado primer partido jugado sin las horribles pistas de atletismo en un Estadio de Gran Canaria con cuarenta mil personas animando sin parar a una sola voz.

Esto es una despedida anunciada que tenía que haber sucedido hace años, quizás cuando mi Viejo se fue a otro mundo a descansar de éste. Me he liberado del sufrimiento que antes me suponía ver a mis paisanos enfundarse camisetas de sentimientos foráneos y creciéndose al hablar de una vitrina de trofeos que no les pertenecen. Me alegra saber que ya no sentiré nada cuando conduzca alrededor de la Plaza de La Victoria y quizás recuerde con nostalgia la última vez que se llenó de amarillo. Espero que no sea así. Ahora ya no será mi problema.

¿Por qué no te llevaste al equipillo contigo me lamento ahora?

Llego a mi coche y doy un portazo al entrar. En la emisora preseleccionada se escucha al entrenador amarillo lamentarse de las ocasiones desperdiciadas hilvanando una interminable colección de tópicos del balompié.

De un manotazo apago la radio y me abrocho el cinturón. Avenidas del Pintor Felo Monzón y Juan Carlos I. Decido acortar por La Minilla poco antes de llegar a la rotonda del Negrin y cuando aparezco en Paseo de Chil al pasar delante del viejo Estadio se está celebrando un partido de fútbol. No puede ser. Lo alto de la marquesina de la parada de guaguas abarrotado de gente y el edificio del Estadio brillando como nunca bajo la celestial luz de los potentes focos. No salgo de mi asombro. Entro por la Grada Curva y desde arriba una visión imposible... ¿Estaré soñando?

Un Estadio Insular abarrotado corea el nombre de nuestro equipo, de la Unión Deportiva Las Palmas, entre ríqui racas y gritos de júbilo. Aficionados venidos desde todos los rincones de la isla comentan cada jugada de los amarillos sobre el terreno de juego: Estévez, Tonono, Trona, Castellano, León, Germán...

Enfrentándose al cuadro insular un temible Torino FC plagado de figuras al que Unión Deportiva parece controlar sin mayor problema. En el marcador se reflejaba un contundente tres a cero cuando Germán firma el cuarto levantando el Estadio de sus asientos. Casta y pundonor al superar con creces el dos a cero de la ida en el Comunale transalpino.

Y mi amado padre se funde conmigo en un abrazo infinito. El silencio lo cubre todo cuando atravieso la tenue luz amarilla al final del tunel.

Domingo, 9 de noviembre de 2008.- Canarypress

Un hombre de 38 años, cuya identidad responde a las iniciales S.M.B., perdió la vida en la tarde de ayer tras sufrir un infarto durante el partido UD Las Palmas -Nástic de Tarragona, celebrado en el Estadio de Gran Canaria. Los hechos se registraron cuando a falta de diez minutos para el final del choque que enfrentó a ambos equipos este aficionado y abonado del equipo amarillo se sintió mal. El aficionado tuvo que ser atendido por los efectivos sanitarios que se encontraban en el campo quienes intentaron todas las técnicas de reanimación posibles para tratar de evitar un desenlace fatal, pero durante el traslado al Hospital Universitario de Gran Canaria Dr. Negrín falleció.

El presidente del club, D. Miguel Ángel Ramírez, acudió a ver a la familia para transmitir su apoyo y condolencias en representación de la Unión Deportiva Las Palmas.

RELATO NÚMERO 10

"Mi UD Las Palmas en la Distancia"

Todo comenzó aquel mes de Junio del año 1995. Mi primer desplazamiento fuera de las islas para ver a nuestra querida Unión Deportiva. Aquel pequeño gran viaje era el prólogo de lo que sería para mí una costumbre con el paso de los años.

Nunca podré olvidar las ilusiones, las esperanzas y las enormes ganas con las que viajé a Vitoria para ver aquel partido tan decisivo para el futuro amarillo en aquella liguilla de ascenso. Sólo valía la victoria para depender de nosotros en la ansiada lucha por el ascenso que tanto se resistía.

Aún recuerdo como si fuera ayer, como llegamos mi compañero de viaje y yo a Vitoria, como íbamos muy orgullosos conociendo la ciudad con nuestras bufandas amarillas al cuello, como algunas personas nos paraban y nos deseaban suerte porque eran de San Sebastián y había rivalidad al igual que algún otro vitoriano nos lanzaba alguna que otra palabra amenazante a la que nosotros hacíamos oídos sordos.

También resulta imposible de olvidar, el momento que coincides con otros amarillos que viajaron a ver al equipo, ese preciso momento que les ves cantando el clásico "*¡Pío Pío y el Oé amarillo Oé Oé!*".

Qué momento, que alegría se lleva uno en el corazón cuando se encuentra con amarillos en este tipo de partidos. Fuimos corriendo a por ellos, y al llegar sale solo, sale del alma. Levantas la bufanda al cielo y comienzas a gritar y cantar como si al fin pudieras liberar todo lo que llevas dentro.

Fue tal el escándalo que se montó en las inmediaciones de Mendizorroza que hasta los propios vitorianos al vernos se alejaban o procuraban no pasar cerca de nosotros.

Así de mágico y especial lo viví todo hasta que llegó el comienzo del partido. En ese momento que todo comienza, y que tanto hay en juego, todas las emociones y vivencias que has ido teniendo quedan aparcadas, llega lo importante, lo definitivo, el principal motivo que te ha hecho viajar tan lejos y que tantas y tantas veces imaginaba días e incluso semanas atrás, ha llegado.

Durante el partido los nervios y la ansiedad se multiplican por cantidades incontables, las oportunidades las vives como si fueran las últimas que vas a ver en tu vida. Los nervios te envuelven hasta el punto de que te llega a temblar medio cuerpo por no decir cuerpo entero.

Y entonces, llegó el gol de la Unión Deportiva y la locura se desata en nuestro pequeño sector del estadio. Entre saltos, gritos, abrazos interminables y la sensación interna de que merecía tal desenlace por hacer un viaje tan lejano. Las emociones son difíciles de describir. Es el sentimiento amarillo en estado puro, ese pequeño momento que vives lo justifica todo, compensa todos los momentos duros y difíciles que vives con el equipo.

Desgraciadamente, el Alavés nos volteó el resultado y la impotencia y la frustración se apoderan de ti.

Cuando llegó el final del partido. Entre tanta celebración vitoriana miras a tu alrededor, miras las caras de los nuestros inmóviles, con la mirada fija y perdida, con la tristeza y pena de pensar que todo pintaba para volver a pasar otro año de calvario en una categoría tan impropia de nuestro equipo.

Solo recuerdo sentir una pena que me quería salir del mismo alma, fui bajando las gradas a paso lento y perdido, me intentaba dirigir a la valla donde había colocado con tanta ilusión al comienzo del partido esa bandera canaria que llevaba conmigo, junto a mi querida bufanda del equipo.

Al llegar a la valla, muchos de los aficionados más jóvenes y ruidosos habían cruzado el campo, venían a donde estábamos nosotros por ver si alguien decía algo, insinuaba algo para montar la típica disputa o trifulca que se suelen dar en partidos tan decisivos.

Pero cuando les veo frente a mí, mientras intentaba quitar mi bandera, escucho a los nuestros aplaudir y felicitar al Alavés por su victoria. Una muestra más de nuestra categoría y señorial afición.

Yo al ver eso, ya no pude contener más la emoción, y rompí a llorar pegado a mi bandera junto a la valla que apenas me separaba de muchos de los ultras del Alavés. Lo que pasó después fue algo que cuesta olvidar.

Sólo recuerdo notar manos que te apretaban los hombros y te decían ¡ánimo!, aplausos que nos eran devueltos con mucha fuerza, y gritos de Las Palmas, Las Palmas.

Fue en este partido, donde aprendí a comprender definitivamente lo que implica sentir y vivir a nuestro equipo, para mí fue el partido donde pasé de ser niño a ser un hombre con respecto a lo que implica vivir y llevar este escudo en el corazón.

Fue el comienzo de lo que vendría después, ya que los dos años siguientes a dicho partido. Los pasé viviendo en Madrid con mi familia.

Y siempre que nuestra UD jugaba cerca, nos íbamos toda la familia a ver el partido y animar al equipo.

Luego, a partir de casi los años en primera del equipo, con mis años universitarios, comenzó ya mi periplo definitivo en solitario por estos lares, que dura hasta el día de hoy.

Muchos años de distancia, que sin embargo han reforzado más si cabe mi amor y fidelidad por nuestros colores, y aunque con el paso de los años, gracias a las nuevas tecnologías como internet, y a la cada vez más facilidad para poder viajar en avión, han ido ayudando mucho a llevar mejor lo que implica vivir y sentir al equipo fuera de la isla.

Aún recuerdo aquellos años tras Vitoria, donde muchos días tenía que esperar a que llegara al pequeño kiosco que tenía enfrente de mi casa los lunes a la hora de comer en aquellos años, para abrir el Marca y buscar desesperado la página de Segunda División B para saber cómo había quedado el equipo porque no tenía otros medios para saberlo.

Mucho ha cambiado todo desde entonces afortunadamente. Pero la esencia sigue intacta, Y cuando llega la oportunidad de volver a viajar y recorrer kilómetros por ver al equipo, el cosquilleo y las sensaciones no se pierden jamás.

Ya acercándome algo más al presente, comentar que tuve la fortuna de poder acudir a ver aquel inolvidable partido de nuestro equipo en San Sebastián ante la Real Sociedad B. Sin lugar a dudas aquel golazo de Nauzet ha sido el mejor y más importante gol que he podido presenciar en los muchos partidos que arrastro ya fuera de las islas,

Confío en haber podido transmitir en poco menos de mil quinientas palabras lo que puede implicar vivir y sentir al equipo en la distancia, y sobre todo ante momentos y partidos determinantes.

Sentir por un lado, la alegría de poder ver al equipo sea donde sea, unido por otro a la sensación de no poder hacerlo en tu casa y ante los tuyos ... son sensaciones encontradas y agridulces que al final quedan en segundo término porque lo importante es darlo todo y demostrar que no hay kilómetros ni distancias que me separen de ti. Muchos más viajes y aventuras podría añadir a lo ya expuesto hasta ahora. Pero eso será en otra ocasión que lo merezca.

¡POR SIEMPRE UD LAS PALMAS, AUNQUE SEA EN LA DISTANCIA!